



LA VITICULTURA DEL NUEVO MILENIO

por Pepe Mendoza
Bodegas E. Mendoza

Últimamente hemos asistido a un asombroso desarrollo de la viticultura frente a la enología, mientras la enología había ido evolucionando paulatinamente a lo largo de la historia, en tan solo veinte años hemos pasado de un viñedo similar a la época paleolítica a unas plantaciones modernas y mecanizadas.

La viticultura de secano con bajos rendimientos, poda en vaso y tratamientos excepcionales ha pasado a convertirse en una viticultura conducida en espaldera con elevados rendimientos, totalmente mecanizada, con irrigación, donde los tratamientos y los abonados químicos se imponen para mantener la calidad de los racimos. El inconveniente de este tipo de viticultura es su continuo desgaste del suelo, su alarmante proliferación de plagas y enfermedades, así como la continua aparición de resistencias a los plaguicidas; no sin olvidar su gran poder contaminante sobre el medio ambiente.

Gracias a saber recoger los aspectos positivos de ambas viticulturas, por un lado el respeto al medio, las bajas producciones y la reducción de residuos; y por otro los avances tecnológicos (maquinaria, analíticas, nuevos sistemas de riego, entre otros) se ha conseguido mejorar la calidad de los vinos de manera sorprendente, casi inimaginable hace 30 años; por eso nosotros como jóvenes viticultores y enólogos ya apostamos sobre esta ideología desde hace unas décadas.

En la agricultura en general, y en concreto en la viticultura, existen dos preguntas fundamentales que rondan la mente de cada agricultor: ¿Qué necesidad de nutrientes tienen las plantas? ¿Y qué necesidades hídricas? Gracias a los últimos estudios hemos aprendido mucho sobre el comportamiento de las plantas, es decir, hemos comprendido mejor nuestros viñedos y eso nos ha ayudado a cultivar racimos de mejor calidad; y por lo tanto mejores vinos.

Sobre la fertilización química ya no existen casi incógnitas, podemos analizar el suelo y conocer su cantidad de nutrientes, su estructura y cómo se relaciona ésta con la absorción de elementos minerales por las plantas. También podemos analizar las hojas y conocer sus deficiencias así como posibles problemas de traslocación de elementos.

Además, en el mercado encontramos una amplia gama de fertilizantes que se adaptan perfectamente a cualquier tipo de exigencias de abonado. El problema derivado de este tipo de fertilización se observa en la contaminación de los acuíferos (sobre todo en nitratos), en la pérdida de estructura del suelo y especialmente en la falta de fauna útil; para entendernos hemos llevado a la

planta a un hospital donde le inyectamos mediante un gotero los nutrientes necesarios para mantenerla con vida.

Por todo lo dicho, según los últimos estudios y nuestras propias experiencias hoy en día se considera el compost como el tipo de abonado que mejor resultado puede dar, además de regenerar la vida del suelo y contribuir a un medio ambiente más saludable.

En cuanto a la irrigación hemos evolucionado mucho desde la viticultura romana donde predominaba el secano, pasando por el riego a manta, hasta los actuales métodos de riego localizado (goteo, micro aspersión y exudación), pero no ha sido hasta hace unos pocos años cuando hemos conseguido empezar a comprender realmente las necesidades hídricas de las plantas.

Actualmente, estamos trabajando con una nueva tecnología basada en la dendrometría, y apoyada con unos sensores de suelo y una estación meteorológica que nos informa en tiempo real sobre los tres aspectos básicos de la agricultura: suelo-planta-clima y nos permite ejercer el llamado riego de precisión.

Quizás la mayor revolución ha sido en lo referente a los tratamientos fitosanitarios, más que revolución podemos decir que ha sido una evolución tan frenética que hemos pasado en pocos años por tres sistemas de manejo (convencional, integrado y ecológico-biodinámico).

La agricultura convencional está basada en la utilización de productos químicos de síntesis para el control de plagas y la fertilización; el problema de este manejo ha sido su gran poder contaminante acompañado de una generación de residuos tanto en la naturaleza como en los propios alimentos. Este tipo de agricultura desarrollado en la última mitad del siglo XX desplazó rápidamente a la agricultura tradicional, ya que se aumentaban enormemente los rendimientos y se reducían los costes de producción.

Pero en contrapartida se rompió el equilibrio del ecosistema durante tantos siglos mantenido por nuestros antepasados, favoreciendo así el desarrollo de nuevas plagas y enfermedades, pues este nuevo manejo no tenía en cuenta el medio ambiente y no reparaba en productos fitosanitarios a la hora de eliminar una plaga.

Por ello, se ha promovido la aparición de la producción integrada que aun basándose en la utilización de los mismos productos químicos de síntesis lo hace desde una perspectiva muy diferente; se basa en un control sobre la aplicación de estos productos siempre teniendo en cuenta los umbrales económicos de tratamiento.

En el lado más restrictivo y más respetuoso, se sitúa la agricultura ecológica, que prohíbe la utilización de productos químicos de síntesis y tan solo autoriza productos naturales que sean respetuosos con el medio ambiente y la fauna útil. Este tipo de manejo, al contrario que el convencional, minimiza los tratamientos (aún siendo naturales) ayudado por el control, la observación y el

trampeo de las plagas y enfermedades en el propio campo para decidir el mejor momento de aplicación.

Finalmente, se debe citar una nueva vertiente que está apareciendo en la línea del ecológico donde se maximiza el respeto al medio ambiente y se restablece la conexión entre la tierra y el hombre a través de una conciencia del agricultor sobre su trabajo, este tipo de agricultura es la denominada agricultura biodinámica.

Todo esto quedaría resumido en tres conceptos: respeto, sentido común y conciencia.